

OTRA EUROPA ES POSIBLE

Por BERNARD CASSEN



El atlantismo, una quimera ideológica

Hay conceptos que pertenecen a una época histórica bien precisa, pero muchos dirigentes aún no se han enterado. Es el caso de las supuestas “relaciones especiales” con Estados Unidos, punta de lanza del atlantismo, de la cual se han vanagloriado constantemente los primeros ministros británicos desde el fin de la segunda guerra mundial. Para Washington, sin embargo, la relación privilegiada entre Roosevelt y Churchill nunca tuvo la vocación de eternizarse.

Ello pudo constatarse en el momento de la crisis de Suez, en 1956, cuando el presidente Eisenhower dijo basta y suspendió el suministro de petróleo, obligando a los gobiernos de Guy Mollet en Francia y de Anthony Eden en el Reino Unido a ponerle un patético fin a su agresión contra Egipto tras la nacionalización del canal por parte del coronel Nasser.

Fue ese “abandono” estadounidense, plenamente justificado por otra parte, lo que decidió al general de Gaulle, cuando volvió al poder en 1958, a dotar a Francia de una fuerza de disuasión nuclear independiente, pues no le parecía que la OTAN ofreciera garantías de seguridad suficientes. Los dirigentes británicos, no obstante, siguieron invocando esas famosas “relaciones especiales”, cuya mención provocaba sonrisas al otro lado del Atlántico, para justificar su

alineamiento sistemático con Washington. Salvo una notable excepción, la del laborista Harold Wilson, quien se negó a enviar tropas británicas a Vietnam, la regla alcanzó una dimensión caricaturesca con otro “laborista”, Tony Blair, quien despachó 45 000 soldados británicos a Irak e incluso llegó a ser un propagandista más elocuente de la agresión contra ese país que su amigo neoconservador George W. Bush.

La tesis enarbolada por todos los “perros falderos” de Estados Unidos, como comúnmente se les llamaba a los dirigentes británicos –válido también para José María Aznar y José Manuel Barroso– era que, para ejercer cierta influencia (en privado) sobre los presidentes norteamericanos, primero había que apoyarlos públicamente de manera incondicional en todas sus decisiones. Se suponía que la condición de “amigo” del inquilino de la Casa Blanca confería a su beneficiario el papel de intermediario privilegiado entre ambas márgenes del Atlántico. Estas ilusiones nunca se tradujeron ni siquiera mínimamente en algo concreto pues, según la célebre fórmula de De Gaulle, “los Estados no tienen amigos, solo tienen intereses”, y esto es aún más cierto tratándose de una potencia mundial como Estados Unidos.

Barack Obama se encargó recientemente de presentar algunas pruebas de ello. Anuló el proyecto de instalación del escudo

antimísiles en Polonia y en la República Checa decidido por George W. Bush, para gran desconcierto de los dirigentes de estos dos países que, luego de apoyar la guerra en Irak y haber rivalizado en materia de atlantismo con el resto del Viejo Continente, siguen sin entender que, para Estados Unidos, las relaciones con Rusia son más importantes que las que pueda tener con los países del Este Europeo. Obama hizo concesiones mínimas a Nicolas Sarkozy, quien ingenuamente se veía en el papel de portavoz de los europeos, a cambio del regreso de Francia al comando integrado de la OTAN. No viajó a Berlín para los festejos del vigésimo aniversario de la caída del Muro. En cambio, acaba de hacer una larga gira por Asia, especialmente por Japón y China, donde ha reafirmado el carácter estratégico de las relaciones con esta parte del mundo.

Para Washington, la Unión Europea y los países que la integran son socios ni más ni menos importantes que otros. Va siendo hora de que sus dirigentes tomen conciencia de ello, y archiven el atlantismo en el baúl de las quimeras ideológicas. ■

© LMD EDICIÓN EN ESPAÑOL

(1) Leer sobre este tema el estudio “Towards a post-American Europe” publicado por el European Council on Foreign Relations: http://www.ecfr.eu/content/entry/towards_a_post-american_europe_a_power_audit_of_eu-us_relations_shapiro_whi

RELATOS

La tierna desesperación de Herta Müller



Me fui a llorar allí (a la taza hedionda del retrete) para no ser sorprendida (...) pues sabía que en esa casa no se podía llorar sin motivo. A veces mamá me pegaba cuando me oía llorar y me decía: ahora al menos tienes un motivo”. ¿Un solo motivo? ¿Qué motivo hace llorar a Herta Müller (Nitzkydorf, 1953) a lo largo de una obra (o de una vida) en la que desde el principio se ha borrado el horizonte, de una existencia opresiva saturada de mezquindad y de miseria, marcada por la incomprensión y el sufrimiento?

El lector de Herta Müller, recién galardonada con el Premio Nobel de Literatura, no conoce la respuesta. El lector se ve arrastrado a esa oscura aldea rumana como un animal atemorizado por el chasquido de un *lenguaje-látigo* que lo azota con metáforas viscosas y donde si se filtra un rayo de luz es para alumbrar y hacer aún más irrespirable esa atmósfera, para sentirla más fangosa y aterradora. Cualquier sueño, y hay bastantes, es otra pesadilla idéntica a la realidad con la que se confunde. Y la aldea que rememora la niña adquiere categoría de país, aunque sin contornos precisos, donde los pa-

rientes y vecinos sobreviven a su propia insignificancia, esclavos de un régimen sin libertad más que para el odio y la impotencia. Aparece el padre-dictador que autoriza a su hija a jugar con su espesa cabellera, mientras las gallinas “se desploman, arquean el cuello abren el pico y se ahogan en la oscuridad. Mientras la luna, cae y cae”. A ese padre imprevisible y malvado podía la niña arrancarle las canas, incluso “atarle pequeños lazos, pasarle horquillas de alambre muy cerca del cuero cabelludo. Podía anudarle pañuelos en la cabeza y ponerle collares y dengues. Lo único que no me permitían era tocarle la cara. Y cuando por descuido lo hacía (...) me gritaba: Te largas de aquí ahora mismo”. ¿No encarna acaso al tiránico Nicolai Ceausescu ese padre a quien nadie osaría rozar la cara?

Los quince relatos de *En Tierras Bajas* son la memoria personal, anárquica y en ocasiones psicótica, de una mujer que vomita hastiada su pasado de violencia y represión sexual, pero es capaz –y aquí está uno de sus principales méritos– de comunicarlo al lector gracias a una escueta transformación literaria. Así, la dureza más amarga del texto queda edulcorada por la *ternura* de una prosa que nos recuerda, sin imitarlo, al mejor Thomas Bernhard (autor que Müller admira tanto como desprecia a Peter Handke), y este breve aliento poético dota al lenguaje principal (frases con pocas palabras) de un efecto amplificador. La familia infeliz sólo puede crear infelicidad, concluye el lector. Un pueblo desesperado y oprimido sólo puede generar criaturas oprimidas o cruelmente opresoras.

EN TIERRAS BAJAS

Herta Müller

Ediciones Siruela, Madrid, 2007, 182 páginas, 14.90 euros.

IGNACIO CARRIÓN

NARRATIVA

La sexualidad y el engaño



El título *Una novelita lumpen* alude a las *Tres novelitas* burguesas de José Donoso, y en ella también la articulación de lo real con lo imaginario demuestra la relatividad entre el relato y sus elementos determinantes. Pero, ¿por qué *lumpen*? Porque cuenta un episodio delictual de la vida de una adolescente; porque sus personajes pertenecen a los estratos explotados de la población y no tienen conciencia de clase; y porque es una novela hecha por encargo: un acto de prostitución semejante al de la protagonista de la novela, Bianca, para ganarse la vida. Pero a pesar de tratarse de un encargo editorial, esta obra lleva la marca entristecida y exasperada, característica de Roberto Bolaño (1953-2003), autor chileno de obras como *Los detectives salvajes* (1998) o *2666* (2004) que cuentan tanto con detractores como con apasionados partidarios. El novelista sitúa la acción en Roma, escenario por el que deambulan personajes extremos entre el desasosiego y la locura. La joven protagonista, Bianca, tras la súbita muerte de sus padres, cuenta su historia, muchos años después de los hechos. El relato está despojado de toda pasión y el interés surge a partir de una descarnada y cerebral exposición de la conciencia de la protagonista, llegando a la desolación acaso con mayor fuerza que por vía directa. Bianca y su hermano quedan huérfanos muy jóvenes. La muerte accidental de sus padres inicia su descenso a los infiernos. Van al colegio y luchan por la vida pero con la pérdida repentina del trabajo de su hermano, Bianca queda con el peso de los gastos de la casa y tiene la impresión de que su destino es convertirse en delincuente. “... cambiar nuestra suerte” (afirmaba Bianca) una frase que para mí no tenía ningún significado, por más vueltas que le diera, porque la suerte no se puede cambiar, o existe o no existe, y si existe no hay manera de cambiarla, y si no existe somos como pájaros en una tormenta de arena”. “El futuro no me importaba, se me ocurrían ideas, pero esas ideas, si lo pensaba bien, nunca se proyectaban hacia el futuro”. Cuando una tarde el hermano de Bianca aparece en casa con dos hombres casi gemelos, ella se deja llevar con fatalismo, sin preguntarse nada, como cuando ellos empiezan a meterse por las noches en su cama, incluso a oscuras. Ella no quiere saber a quién toca o quién la toca. A partir de ahí, la muchacha se adentra en el universo adulto, descubriendo las peores y más intrigantes facetas de la sexualidad y del engaño. Prestará servicios sexuales, pagados y a domicilio. En particular a un ex-actor jubilado y ciego. En realidad, con el pretexto de ejercer la prostitución, Bianca es encargada por su hermano de averiguar dónde esconden sus clientes las riquezas y el dinero, a fin de que su hermano y sus amigos les roben... Aunque publicada hace casi una década, esta novelita ha sido una gran desconocida, demos gracias a Anagrama por haber retomado este tesoro.

RAMÓN CHAO

UNA NOVELITA LUMPEN

Roberto Bolaño

Anagrama, Barcelona, 2009, 153 páginas, 15 euros.



Tissat
tecnología compartida

www.tissat.es

Tissat desarrolla tecnología propia y ofrece soluciones inteligentes y servicios avanzados de comunicaciones e internet.